



Por *Julieta*

Creado 08/12/2011 - 10:57

¿?Damas gratis y pibes chorros?? Interceptando prácticas y representaciones sobre mujeres y varones jóvenes de sectores populares" Malvina Silba

¿?Damas gratis y pibes chorros?? Interceptando prácticas y representaciones sobre mujeres y varones jóvenes de sectores populares

Malvina Silba

Licenciada en Sociología y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Becaria pos-doctoral del CONICET con sede de investigación en el Instituto Gino Germani (FSOC-UBA). Docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo deconstruir ciertas afirmaciones del sentido común hegemónico sobre las mujeres y varones jóvenes de sectores populares en Argentina. Dichos discursos suelen ser contruidos sobre el prejuicio y no sobre el conocimiento de los deseos, expectativas y elecciones de este grupo social. La inclusión de las variables de clase social, edad y género es fundamental para entender los diversos y complejos emplazamientos de los mismos y su relación con las representaciones que sobre ellos se forman. Para cumplir con estos objetivos, propongo repasar la construcción de estos discursos, a los que defino como estigmatizantes, para luego contrastar dichas afirmaciones con las prácticas de un grupo de mujeres y varones jóvenes con los que compartí una experiencia etnográfica, participando de momentos de su vida cotidiana en el barrio y en los lugares bailables a los que asisten los fines de semana.

Palabras clave: culturas juveniles, género, pobreza, representaciones, sentido común.

Abstract

This article intends to deconstruct certain hegemonic common sense statements about young women and men from popular sectors in Argentina. Such discourse is usually based on bias rather than knowledge about these subjects? practices, desires, expectations and choices. Also, the inclusion of these social class, age and gender variables is essential to understand their complex and varied social positionings and

how they are related to their representations. To meet these goals, in the first place I propose to review these discourses, which I define as stigmatizing, and in the second place, to contrast such statements with the practices of a group of young people with whom I shared an ethnographic experience, participating in some moments of their everyday life in their neighborhood and in the dancing places they attend on weekends.

Keywords: youth cultures, gender, poverty, representations, common sense.

Muchos discursos del sentido común hegemónico, fundamentalmente aquellos que se construyen desde y circulan en los medios de comunicación, señalan a las mujeres y varones jóvenes de sectores populares como sujetos peligrosos, en falta, con carencias, debilidades y permanentemente expuestos a un sinfín de riesgos que, paradójicamente, terminan provocando que ellos pongan en riesgo al resto de la sociedad, al desafiar los valores y normas socialmente avalados (Chaves, 2005b: 12). Estos jóvenes, según las opiniones de periodistas, psicólogos y ?especialistas en el tema?, estarían padeciendo las consecuencias de la crisis de la familia nuclear, la debilidad de una institución escolar que ya no puede contenerlos y un mercado laboral que los expulsa porque no encuentra en ellos los saberes necesarios ni el esfuerzo esperado para mantenerlos en un campo laboral cada vez más competitivo.

Estas imágenes culturales (Feixa, 1998: 108) sobre las mujeres y varones jóvenes y pobres han alcanzado un nivel alto de difusión y legitimidad en la Argentina contemporánea y urbana, que parecieran estar ?describiendo una realidad? en lugar de contribuir a su construcción. Las representaciones que circulan en los ámbitos mencionados sobre estos jóvenes tienden a homogeneizarlos, mostrarlos como si todas y todos se comportaran o fueran a hacerlo de manera similar y esperable, por el sólo hecho de compartir la condición etaria y la pertenencia de clase (Criado, 2005: 87). Esto propicia su estigmatización e intenta mostrar un destino inexorable: un varón joven y pobre se representa como ?vago? , violento y vinculado con actividades delictivas, como robos y consumo y venta de distintos tipos de drogas. Las mujeres, por su parte, suelen ser relacionadas con dos estereotipos femeninos: las chicas ?fáciles?, que tienen sexo con cualquier varón, incluso sin conocerlo, y aquellas que, como consecuencia de esa promiscuidad, terminan ?embarazadas o llenas de hijos a muy temprana edad?.

Frente a estas afirmaciones, formadas en el prejuicio y el desconocimiento de estos jóvenes, mi interés se centrará en discutir con ellas a fines de desarmar o deconstruir los discursos y descubrir lo que se esconde detrás, e intentar aproximarme, luego de retomar las posiciones de autores que han teorizado sobre la condición juvenil y su vínculo con la cuestión social contemporánea, a las historias de un grupo de jóvenes con los cuales tuve oportunidad de compartir una experiencia etnográfica. Mi trabajo de campo me permitió conocerlos, escucharlos desde otro lugar y acercarme a la comprensión de sus formas de vida cotidiana, sus pensamientos, deseos, miedos y prejuicios, sus elecciones culturales, sus gustos musicales y sus ideas sobre la familia, la vida, los hijos, la educación, el trabajo y el futuro. El material bibliográfico especializado en el tema me permitió confrontar mi experiencia con la de muchos otros autores que desde diversas disciplinas y perspectivas han colaborado en la construcción de un campo de análisis sólidamente desarrollado, que, a pesar de ser relativamente nuevo, se ha convertido en fructífero y controversial a la luz de las discusiones públicas y privadas en las que los jóvenes pobres se ven hoy insertos.

Herramientas teóricas para pensar a (y con) los jóvenes

¿Por qué es necesario pensar desde las ciencias sociales en las especificidades etarias de las personas?

¿Qué nos dice de un sujeto, sea este varón o mujer, el hecho de que sea joven? Lo primero a tener en cuenta es que la categoría de juventud es relacional, es decir, se define siempre en relación (oposición) con otro (Criado, 2005: 3), en este caso el mundo adulto. Se establece así una relación jerárquica, en la que en general los adultos dominan a los niños, adolescentes y jóvenes; esa dominación está ampliamente naturalizada en nuestras sociedades (Elías, 1998: 418). Elías, sin embargo, aclara que ?La idea de que el poder de mando incondicional de los padres y la rigurosa obediencia de los hijos, incluso desde el punto

de estos, es la disposición más saludable y fértil hoy en día despierta sospechas?, dando clara evidencia de cómo las perspectivas críticas sobre este tema han ido desnaturalizando ciertos preconceptos que se presentaban como obvios.

Este mundo adulto, entonces, está muy vinculado a una idea de desarrollo de la vida del sujeto en etapas prefijadas, ?niñez, adolescencia, juventud, adultez y vejez?, de acuerdo con normas que se pretenden preestablecidas y universales. Este clásico esquema de una sucesión temporal y social de etapas por las que el sujeto se supone que debe pasar si no desea infringir las normas y valores no puede comprobarse empíricamente, es decir, es un modelo ideal, construido a partir justamente de la imposición de normas sociales. Así, nos encontramos con que hay variadas formas de ?ser joven? de acuerdo con las divisiones sociales por clase, género, etnia, religión, etcétera. Esto hace que la denominada ?experiencia juvenil? sea un terreno tan vasto como complejo, al que se pretende subsumir bajo el presupuesto de una realidad social más o menos uniforme. Pero, en verdad, esta universalidad deseada es sólo producto de un ejercicio analítico y etnocéntrico, una reducción relacionada con la mirada del analista y no con las formas ambiguas y contradictorias que la complejidad social suele tener la mayoría de las veces.

Si seguimos esta línea, necesitamos destacar que, para categoría de persona, el mundo moderno ha creado un ?sujeto ideal? al que cada ?sujeto real? debe amoldarse o intentar parecerse lo más posible. Lógicamente, este sujeto ideal cumple con las expectativas del propio modelo social y político del que es producto (al hablar de las sociedades contemporáneas estaríamos refiriéndonos al modelo capitalista y a la clase social que representa más fervientemente sus intereses, la burguesía) y es colocado como horizonte de posibilidad y de deseo de todos aquellos que quieran ?encajar? en el modelo. Dice Goldmann (1968) que la representación del individuo ideal moderno es la de un sujeto abstracto y universal, ?varón, adulto, europeo, blanco y burgués, modelo y evidencia última de la perfectibilidad del hombre y parámetro a partir del cual se mediría la normalidad del resto de la humanidad?. Los ?sujetos marcados? serían entonces las mujeres, los jóvenes, los campesinos y las minorías étnicas y nacionales. Goldmann (1968: 40) agrega que ?lo diferente comenzó a ser pensado como defecto o estadio inferior de desarrollo?. Uno de los problemas es que, aun siendo sujetos diferentes o marcados, las personas siguen reconociendo esos ideales como legítimos, con lo cual, en lugar de luchar por su desarticulación, se esfuerzan cada vez más por acercarse a ellos.

De aquí se desprenden otras dos cuestiones interesantes para el análisis: la primera se relaciona con el nivel de frustración que ese ideal produce en las conciencias, los cuerpos, los deseos y las esperanzas de las ?personas comunes?. ¿Qué sucede cuando un niño se prepara y pone todo el empeño que él cree que tiene disponible para aprobar un examen, ingresar en un equipo de fútbol o ser el más inteligente de su grupo? ¿Y que sucede cuando un joven o una joven terminan la escuela secundaria con la certeza de que eso les garantizará un ingreso al mercado laboral en condiciones más dignas que aquellos que no lo terminaron? ¿Qué ocurre con todas estas personas si deben enfrentar ese supuesto ?destino del sujeto? en condiciones de pobreza? La primera respuesta posible hablaría de frustración y descreimiento de las propias capacidades, elecciones y deseos, sobre todo si de jóvenes se trata (Duarte Quapper, 2005: 1). Margaret Mead (1967) dice al respecto:

Presumir que la gente querrá sólo alcanzar aquello que no puede tener no es sino otra forma de provocar una indiscutible frustración, como observamos actualmente en EE.UU. de América, donde los niños son actualmente educados para aspirar a una posición económica segura y ascendente, que en las condiciones económicas actuales no pueden tener.

Dentro de esta línea de reflexión cabe la pregunta: ¿para qué estamos educando a las mujeres y varones jóvenes y pobres en la Argentina contemporánea? ¿Para que sean sujetos capaces de pensar por sí mismos o crezcan convencidos de sus ineptitudes para la formación política y cultural? ¿Para que encuentren dignidad y placer en los trabajos que realicen a lo largo de su vida o para que sean mano de

obra barata y flexible? El desfase señalado por Mead apunta a problematizar los lados opuestos de estos interrogantes: se les impone ser lo primero, pero en verdad sólo van a llegar a ser lo segundo, porque la organización económica, política y social vigente así lo determina.

La segunda cuestión apunta a reflexionar sobre aquellas personas que no acuerdan con ese supuesto ?destino inexorable? y actúan desafiando o ignorando esos ?ideales de sujeto?. Vuelve aquí la idea del sujeto marcado, en el sentido de desviado, carente, en falta, pero fundamentalmente peligroso para el mantenimiento del orden social vigente y la defensa de la moral y las buenas costumbres. ¿Qué pasaría si un niño no quisiera ir a la escuela como una forma de rebeldía? ¿Y con un joven que no acepta para su vida condiciones de trabajo inhumanas o terriblemente injustas, pero a las que sus padres lo obligan a someterse a riesgo de quedar excluido del sistema de consumo?, ¿o a las que termina sometiéndose por propia voluntad si es la única forma de garantizarse un medio de subsistencia? ¿Y con una mujer joven de sectores populares que no quiere prepararse para conseguir un novio o un marido que decida por ella sobre cuándo tener hijos, cuándo y cómo ocuparse de las tareas domésticas y cuándo dedicarse a suministrarle placer a él?

Y para que todas estas preguntas hagan sentido con los objetivos de este trabajo, sintetizo: ¿qué sucede con las mujeres y varones jóvenes de sectores populares cuando deciden no acatar ciegamente los valores que supuestamente fundaron y mantienen la sociedad en la que viven, porque la creen, entre otras cosas, expresión de su hipocresía? Una forma de responder a estos interrogantes es: lo que sucede es que se crean nuevos estereotipos estigmatizantes y degradantes de la condición de persona de estos jóvenes. Comienza a decirse de ellos que son ?vagos y violentos, peligrosos, adictos, irrespetuosos y sin valores morales?. De las chicas, por su parte, que son ?fáciles, rápidas, atorrantas, promiscuas?, que no saben hacerse respetar y que están empezando a adoptar prácticas masculinas como propias, como la utilización de la violencia física y verbal como forma de resolución de conflictos.

Otra arista de estas problemáticas que debemos tener en cuenta es la que señala Criado (2005: 2) al hablar de la construcción social de los problemas juveniles. Afirma que esas construcciones obedecen a determinados intereses de ciertos sectores de la sociedad que tienen la capacidad y el privilegio de imponerlos. Así, podemos retomar la idea de que las características mencionadas sobre los jóvenes, más que describir una realidad juvenil, la construyen, otorgándole a dichas representaciones centralidad en los discursos y en las prácticas que sancionan a los jóvenes y provocando que todo aquello que ?se piensa y se dice? sobre ellos termine afectando la manera en la cual estos jóvenes construyen su identidad, se autodefinen como sujetos y emprenden el desafío de vivir en una sociedad que a priori los encasilla y los condena.

Como señalé antes, mi intención aquí es establecer una forma de respuesta a esta serie de discursos estigmatizantes y discriminatorios que se han ido construyendo y legitimando cada vez con más fuerza sobre las mujeres y varones jóvenes de sectores populares. El camino que elegí es el de la etnografía, realizada en el marco de mi investigación para la tesis doctoral. Rescatar y destacar la perspectiva de los actores me parece sumamente necesario en este contexto, ya que conocer lo que hacen, piensan y dicen es el primer paso hacia la elaboración de formas de pensamiento y acción más democráticas e inclusivas con una fracción de los sectores más desfavorecidos de la sociedad.

El trabajo de campo: el camino para el acercamiento

La propuesta de analizar la identidad en jóvenes de sectores populares se enmarca en mi proyecto de tesis doctoral, para el cual realicé trabajo de campo etnográfico durante un año en un barrio de la zona sur del Conurbano Bonaerense . Un punto interesante para señalar es el contexto en el que decidí analizar la construcción identitaria de estos jóvenes: la escucha de un género de la música popular, la cumbia. Todos se definían como cumbieros y hacían de eso una especie de bandera en oposición, por ejemplo, a los ?chetos? y ?rockeros?. El subgénero ?cumbia villera?, surgido en el contexto de la crisis social y

económica de fines de los años noventa, es uno de los más escuchados, sobre todo por los varones (ya que las chicas rechazan la forma en que las letras las representan). Dos de las primeras bandas más conocidas de la movida tropical de los noventa fueron Damas Gratis y Pibes Chorros. Ambas condensan en sus nombres (como en los casos de muchas otras bandas) parte de los estigmas que pesan sobre los jóvenes consumidores de ese tipo de música: los pibes son todos ¿vagos? y ¿ladrones? y las pibas son todas ¿atorrantas? y ¿fáciles?. Pero lo que los nombres de las bandas hacen, además de jugar con esos significados y proveerles a sus consumidores posibles identificaciones, es realizar aquello que Reguillo (2000) denominó la transformación del estigma en emblema. Las ¿pibas? y ¿pibes? se apropian de esos nombres y de sus significados pero revierten sus sentidos negativos. O sea, afirman su supuesta condición de ¿chorros? y ¿atorrantas?, pero le dan a eso un valor positivo, juegan también ellos con esas ideas aun en los casos en que no crean que los definan. En esas elecciones, los jóvenes no sólo demuestran saber qué es lo que se dice sobre ellos y por qué, sino que ¿doblan la apuesta? y dicen públicamente ¿lo somos, y qué?¿, ¿¿qué tiene de malo que seamos así?¿, ¿¿qué tiene de malo que alguien sea así?¿, desafiando, nuevamente, los valores morales de la sociedad en la que viven. En este punto es significativo señalar, tal como lo hace Hall (1996: 17-18), cómo aquello que se dice sobre cada uno de nosotros es importante para nuestra construcción identitaria.

El grupo al que acompañé estaba compuesto en ese momento por mujeres y varones entre 12 y 23 años, aunque la mayoría eran varones. Residían en un barrio de clases populares llamado Los Sauces, ubicado a treinta cuadras de la estación de trenes de Burzaco, Partido de Almirante Brown. Hasta allí sólo llegaban dos líneas de colectivos que funcionaban con irregularidad, sobre todo los fines de semana. Las primeras imágenes mostraban un barrio de casas bajas, con negocios de rubros variados sobre la calle principal y un asfalto malogrado con pozos en cada una de las esquinas.

Los lugares en los cuales el grupo habitualmente pasaba su tiempo eran la plaza, que ocupaba una manzana y tenía algunos juegos, mesas y una precaria canchita de fútbol, y la esquina de la casa de uno de los chicos, que contaba con una vereda amplia para sentarse. Sólo algunas de las calles de ese circuito estaban asfaltadas, el resto aún era de tierra, lo que dificultaba la circulación, en especial durante los días de lluvia. El barrio combinaba construcciones de material con otras más precarias de madera o chapa. Algunos de los terrenos que habían sido históricamente baldíos fueron ocupados por familias que comenzaron a construir allí sus viviendas. Frente a la plaza se encuentra la escuela, que ocupa media manzana. La pintura y los alambrados que la cercaban estaban visiblemente deteriorados. También se observaban varios negocios dentro de las casas, en especial kioscos y almacenes. El barrio estaba rodeado por otros de características similares, algunos de los cuales son nombrados como ¿villas? o ¿terrenos tomados?.

Conocía a Nacho y a Karina, dos de los referentes del grupo, hacía algunos años, pero me acerqué a ellos de una manera más constante, podría decirse, cuando decidí comenzar con mi trabajo de campo en las bailantas del Conurbano, a las que ellos asistían frecuentemente. No tuvieron ningún inconveniente en que yo los acompañara durante varios fines de semana y podría decir que se mostraron entusiasmados. Nacho y Karina son dos hermanos de un total de doce, seis mujeres y seis varones. Blanca, su madre, tenía en el 2006, cuando comencé, 34 años y trabajaba de ama de casa, ayudada en las tareas hogareñas por todas las hijas mujeres mayores de 10 años. Su ocupación principal era y siempre había sido ser ¿mamá de tiempo completo?. Ella misma define su rol central en la vida: ¿me dediqué a tener hijos?. Blanca no reniega de su situación, no parece arrepentida, por momentos sí desea que ¿las cosas fueran de otra manera?, pero en sus palabras se escucha aún la esperanza, aunque también la desilusión, la frustración de no haber hecho ¿mejor algunas cosas?. Hoy en día vive en pareja con el padre de sus últimos tres hijos. Los padres de los nueve restantes no ven a sus hijos más que esporádicamente (sólo algunos de ellos) y ninguno le pasa a Blanca la cuota alimentaria correspondiente a los que son menores de edad (ni lo hicieron con los que ahora son mayores cuando correspondió). Nacho es uno de los varones más trabajadores, según cuenta Blanca. En 2006 tenía 17 años y

trabajaba de peón en una empresa de transporte, de 10 a 12 horas por día, sin ningún beneficio social y cobrando su sueldo "en negro". Su historia laboral había comenzado a los 14 años, como ayudante en una panadería, en la que también estaba de forma irregular pues no sólo era menor sino que trabajaba en horario nocturno. Desde ese entonces, todas sus experiencias laborales estuvieron marcadas por esas dos características: la precariedad y la inestabilidad.

Analizando las características mencionadas sobre la historia familiar y laboral de Nacho, podemos ver que su experiencia no sería semejante a la del "joven como ser no productivo" (Chaves, 2005b: 15), desvinculado del mundo del trabajo asalariado. Nacho es una persona que, al día de hoy, lleva seis años de inserción en el mercado laboral. ¿No debería discutirse, más que la supuesta improductividad u ociosidad de estos jóvenes, las condiciones de inseguridad laboral en las que viven o en las que se ven obligados a participar? La inseguridad para estos grupos de jóvenes significa mucho más que el miedo a que le roben objetos materiales; está representada por un sinnúmero de riesgos que corren permanentemente y de los que es bastante difícil escapar en el actual contexto de distribución desigual de los bienes materiales y simbólicos. Tal como señalan Corral y Nuñez (2005: 4):

Al temor por la delincuencia se sumó la inseguridad respecto a la estabilidad laboral. Sobre este telón de fondo impactan los formatos mediáticos de construcción de delito y configuración de un "otro amenazante", "sospechoso". En la conjugación de amenaza y pérdida que experimentaron vastos sectores de la sociedad, se puede leer una tendencia a la regulación de los espacios, el constreñimiento simbólico de la territorialidad, la disminución de los lugares y entramados de la sociabilidad.

"Hombres trabajando?"

A propósito de la regulación espacial de los ámbitos públicos, una serie de apreciaciones cruzadas entre los vecinos adultos del barrio y el grupo de jóvenes con el que trabajé es pertinente para reflexionar sobre dos cuestiones: la apropiación que los grupos de jóvenes hacen del espacio público, plazas, veredas, esquinas, como sus lugares habituales, sin que eso represente para ellos un problema particular; y cuáles serían, de no ser los anteriormente mencionados, los espacios habilitados y legitimados socialmente para que estos jóvenes construyan su sociabilidad. Por lo menos en este grupo, no había una relación con ningún tipo de institución, pública ni privada, que los alojara o les permitiera la reunión; ni clubes ni centros culturales o cooperativas. Las opciones eran siempre espacios públicos. Esta cita de mi diario de campo lo demuestra claramente:

Un sábado a la tarde los chicos habían colgado de los postes de dos esquinas una red simulando una cancha de voley y jugaban mientras sonaba cumbia a todo volumen (la escucha musical cuasi-pública, provocada por el volumen de la música y los parlantes en las veredas de las casas, era muy habitual entre ellos). Rosa, una de las vecinas que no simpatizaba en lo más mínimo con el grupo, llamó a la policía para que intervenga por el supuesto "escándalo" que estaban provocando. Cuando el patrullero llegó vio a un grupo de jóvenes practicando deporte. Nacho me contó que uno de los policías le dijo que la denuncia había sido porque "un grupo de malandras estaba molestando en la esquina". Seguido a esto me dijo que no era esa la única vecina que decía "cualquiera" de ellos, que cuando paraban a mitad de la otra cuadra, los de ahí decían que ellos eran "chorros y drogadictos" y que los del frente de "la placita" los tildaban de "vagos". En rechazo a todas esas formas de describirlos con las que no se sentían identificados, los chicos habían pintado sobre la piedra de la plaza donde siempre "paraban", la inscripción "Hombres Trabajando".

Si bien en los relatos de los miembros del grupo podía verse que se tomaban con humor lo que se decía de ellos en el barrio, no era un tema que les resultara indiferente. Las acusaciones de "malandras", "chorros", "drogadictos" y "vagos" de sus vecinos se hacían con el único argumento de que son

varones jóvenes cuya ¿práctica ofensiva? frente a las supuestas buenas costumbres de los vecinos era ¿parar en la esquina o en la plaza?, tomar bebidas alcohólicas, jugar a algún deporte o simplemente ¿joder un rato? y estar juntos. . En la anécdota de Rosa puede verse la interacción entre los prejuicios, el miedo y las inseguridades que viven amplios sectores de las clases populares urbanas. Sin embargo, esos temores no debieran habilitar a la proliferación de discursos discriminatorios y ofensivos hacia los jóvenes.

¿Violencias?

Otro de los estereotipos clásicos con los que los medios de comunicación (fundamentalmente la televisión y en especial en los últimos tres años) asocian de manera natural a estos jóvenes (a los varones con más énfasis, pero las mujeres han comenzado a ser protagonistas de ¿hechos similares?) es la violencia como forma cotidiana de relación social, solución y mediación de conflictos, etcétera. Y los momentos más significativos en los que estas peleas son mostradas una y otra vez en diversos programas de televisión son las salidas de los boliches y bailantas.

En este punto, mi experiencia etnográfica me resultó sumamente interesante para poder contrastar las escenas transmitidas por TV con las vividas y/o presenciadas por mí y por el grupo. El punto que me interesa destacar es la complejidad y la cantidad de aristas que posee el tema de la violencia en los jóvenes como forma de relación social.

Como dije antes, acompañé al grupo a dos bailantas de la zona durante todo un año; todas las noches en las que salimos fuimos partícipes (más o menos directos) o espectadores de una o varias peleas entre grupos de jóvenes o entre estos y los ¿patovicas? y/o la policía. Es importante destacar entonces que, tal como afirman varios de los autores con los que pensamos estas cuestiones (Chaves, 2005a y 2005b; Criado, 2005; Corral y Núñez, 2005), las peleas entre los jóvenes a la salida de los boliches o en las esquinas en las que suelen parar no son ¿un invento mediático?, pero sí están sobredimensionadas en relación con otras prácticas no sancionadas moralmente y que los jóvenes también realizan a menudo (el baile, el compañerismo, la protección de los miembros del grupo, entre otras). Las prácticas estigmatizadas generan en la opinión pública y en las expresiones del sentido común una especie de ¿pánico moral? o sensación de peligro constante. Esto habilita a que el adjetivo ¿violentos? comience, consecuentemente, a ser sinónimo de todos los otros males juveniles: ¿vagos?, ¿drogadictos?, ¿delincuentes?, ¿inmorales?, etcétera.

Y también es importante pensar esta cuestión de la violencia como una parte constitutiva de la identidad de los jóvenes en la actualidad, a fin de no terminar victimizándolos, ¿como una víctima del acontecer social o como una víctima del sistema? (Chaves, 2005b: 16). La autora plantea la necesidad de verlos como sujetos legítimos, de derecho, y no como meros receptores pasivos de lo que el mundo tiene planeado para ellos. Así, evitamos caer en afirmaciones que justifiquen todos y cada uno de sus actos, como si de niños se tratase. La cuestión es bastante más compleja y requiere de un equilibrio que permita tomar la perspectiva del actor como válida, entender al sujeto en su lógica propia, pero no por eso olvidar que está inmerso en relaciones sociales de poder que pueden colocarlo tanto en la situación de víctima como en la de victimario.

Como dije, cada una de las salidas en las que fuimos a bailar fue casi siempre sinónimo de alguna pelea con diversos actores de la noche. La dinámica bailantera en la que tuve oportunidad de participar se caracterizó siempre por una actividad corporal intensa, por un uso significativo y preponderante del cuerpo, por ejemplo, por sobre la palabra (Alabarces y Garriga, 2007: 1). Cada noche y una vez dentro de la bailanta, el primer punto importante a resolver era el lugar que el grupo deseaba ocupar en la pista de baile, tema de más difícil resolución los días en los que la bailanta se encontraba repleta. Los varones trataban de crear una especie de círculo propio, dentro del cual poder charlar, bailar, tomar algo y proteger a las mujeres de los empujones y eventuales forcejeos que se producían como consecuencia de la

permanente circulación de gente. El "círculo" contaba con algunos "guardianes" que debían encargarse de que nadie lo atravesara. Nacho y Pato eran los más corpulentos; Tula y Rocky, si bien poseían una contextura física más pequeña, demostraban ser muy valientes a la hora de las disputas corporales, "iban al frente"; todos ellos poseían, según palabras del resto de los integrantes del grupo, "aguante" (Garriga, 2007). Los cuatro se encargaban de cuidar que nadie invadiera el círculo, parándose con firmeza y enfrentando a todo aquel que pretendiera infringir la "norma" por ellos impuesta.

Lo que parecía estar en juego aquí no era sólo la posibilidad de bailar o charlar tranquilamente, sino de sentirse únicos propietarios del espacio sobre el cual estaban parados. Por momentos, esto se tornaba una cuestión de vida o muerte para Nacho y sus amigos. La intensidad con la que discutía con los ocasionales "infractores" hablaba del valor que la ocupación del espacio tenía para ellos, tanto para los que defendían el que entendían como "su lugar", como aquellos otros que intentaban usurparlo. Esto lo afirmo en función de que aquellos que pretendían atravesar el círculo o efectivamente lo hacían también entraban en la disputa por la apropiación de ese mismo espacio. No era sólo el grupo del que yo formaba parte el preocupado por esto, sino que lo expuesto parecía formar parte de un código de convivencia aceptado por todos los habituales asistentes a las bailantas. En relación con esto, Blázquez afirma: "la configuración espacial refleja no la estructura social verdadera, inconsciente, sino un modelo que existe conscientemente en la mente del nativo, aunque su naturaleza sea totalmente ilusoria e incluso contradictoria con la realidad" (2002: 10). La propiedad del espacio dentro de la bailanta se maneja de una manera bastante efímera, ya que el grupo no permanecía toda la noche en el mismo lugar ni mantenía uno fijo a lo largo de todos los fines de semana. Aún así, las disputas entre grupos se daban en torno a la idea de usurpación de un lugar que ya fue señalado por otro como propio, aunque más no sea por un rato. Atravesar ese espacio era irrumpir en el territorio del otro, era desafiarlo y mostrarle su debilidad (Garriga, 2007). Los usurpados, a su vez, no sólo intentaban impedirlo, sino que sabían que algo valioso estaba en juego con esa irrupción: su valentía, su respetabilidad, entendidas como sinónimo de masculinidad.

Las propiedades morales del grupo en general y el género de cada uno en particular se ponen en el ruedo cuando se ocupa un espacio y son evaluadas de acuerdo con los modos específicos mediante los cuales ese lugar es producido como parte de la performance. No tenés que dejar que te saquen del lugar, casi me ordenó uno de mis amigos del baile cuando me corrí para darle espacio a un joven que trataba de llegar al buffet. (Blázquez, 2002: 11)

Estas contiendas por el espacio (o por otros motivos), que comenzaban dentro de la bailanta, muchas veces terminaban fuera de esta, ya sea porque una vez que ambos grupos salían del lugar se esperaban para "arreglar los tantos" o porque comenzaban a pelear dentro y eran expulsados del lugar por los patovicas, provocando así que se pelearan en plena calle, con el riesgo de ser reprimidos por la policía. Pero la utilización de la violencia física o verbal no era patrimonio exclusivo ni de los varones del grupo en particular y ni del resto de los asistentes a las bailantas en general: las mujeres también se insultaban y peleaban públicamente, entre ellas y con los varones, aunque con menor frecuencia e intensidad que estos. Los motivos solían ser similares: se enfrentaban con otra mujer por la atención de un varón (lo cual mostraba orgulloso al sujeto en cuestión), por algún problema del barrio o la escuela o porque la otra "la miró mal o la empujó". En este punto, no había una disputa por la ocupación del espacio como describiera antes. En los enfrentamientos con los varones, las mujeres se defendían de diversas agresiones verbales (cuando las insultaban por diversos motivos, pero siempre recurriendo al apelativo de "puta", "bardera", "villera" o "tumbera", reproduciendo así, al interior de los grupos, los estereotipos y estigmas que pesan sobre las mujeres jóvenes y pobres) o físicas (cuando las manoseaban o se abalanzaban sobre ellas para invitarlas/obligarlas a bailar con ellos, "robarles" un beso o simplemente humillarlas al demostrarles que, a pesar de sus negativas, ellos podían disponer y aprovecharse del cuerpo de las chicas como si de objetos se tratase). Frente a esta diversidad de agravios, ellas devolvían los insultos, muchas veces

reproduciendo los discursos estigmatizantes sobre los varones, diciéndoles 'negros cabeza?', como si de devolución de gentilezas se tratase, o 'puto?' y 'cagón?', remarcando una fuerte matriz heteronormativa que considera a la homosexualidad no sólo como un objeto de burla y una desviación, sino también como un insulto temido y rechazado por sus destinatarios (Elizalde, 2005; Scott, 1996).

En general, los 'pibes?' que se 'zarpaban?' con las 'pibas?' no eran los del propio grupo. Esto mostraba dos cuestiones sumamente interesantes: la primera es cómo los varones protegían a las chicas de su grupo de los que se 'zarpaban?', siempre y cuando las tuvieran en su radio de 'vigilancia?'; la segunda es que las chicas debían mantenerse 'a la vista?' de los varones si querían su protección a cambio; conjuntamente, los chicos parecían considerar a las mujeres como parte de sus propiedades u objeto de su control. Así, los chicos no se encargaban sólo de proteger el espacio propio, sino a las mujeres del grupo.

Esta cita de mi diario de campo lo ejemplifica claramente:

Si alguien ajeno al grupo se acercaba y las invitaba a bailar, lo más probable era que Nacho, Tula o Rocky 'se le fueran al humo?' y lo quisieran echar o pegarle por la osadía de su actitud. Este tipo de situaciones se repetía a menudo y varias veces en una misma noche. En una de esas ocasiones, le pregunté a Nacho cuál era el motivo por el que no querían que bailaran con un desconocido si, en definitiva, podía decirse que iban a bailar para eso. Él me contestó: 'si yo las dejo bailar con cualquier gil que viene y las saca, y después el flaco se zarpa, yo no puedo decir nada, porque ya las dejé... ¿cómo sé yo que el flaco no se va a zarpar si no lo conozco?'

Ellos consideraban a las mujeres como parte de aquello que debían cuidar, como si fuera una obligación más dentro de todas las que tenían en tanto protectores del grupo. ¿Qué decían las mujeres de estas actitudes? Principalmente, se beneficiaban de ella. Aprovechaban tener a un grupo de varones corpulentos a su disposición para 'zafar?' de los que venían a invitarlas a bailar y no les gustaban físicamente, y también de 'los pesados?' que efectivamente pretendían propasarse con ellas, intentando besarlas o tocarlas o proponiéndoles que las acompañaran a 'otro lugar?', fuera de la vista y el control del grupo.

Así, la idea de que los varones consideraban a las mujeres del grupo como propiedad suya, era, si se quiere, reapropiada por las chicas en términos de beneficio: ellas utilizaban esa protección cuando les era favorable, y cuando no, desarrollaban diversas maniobras para escabullirse de los controles de hermanos mayores, novios o amigos y, como dicen ellas, 'hacer la suya?.'

La más común de sus formas era ir al baño o 'dar una vuelta para ver qué onda?'. En una de esas ocasiones, Karina, camino al baño, debía atravesar una ronda de jóvenes que le impedían el paso. Yo iba detrás de ella. Uno de los chicos se puso frente a ella e intentó besarla y agarrarla de la cintura. Karina primero lo apartó con un leve empujón, pidiéndole que la dejara pasar. Cuando había hecho unos pasos, el joven volvió a insistirle pero esta vez le tocó la cola. Ella se dio vuelta y le dio una cachetada sin dudarle. La actitud de Karina me sorprendió porque mi impresión era que tenía una personalidad introvertida (inferida a partir de la observación de sus prácticas cotidianas y de sus propios relatos sobre sí misma). Esto me hizo pensar que la protección masculina no es la única herramienta de defensa con la que las mujeres cuentan, sino que también pueden defenderse solas. Y lo hacen (Silba y Spataro, 2008).

¿Cómo pueden interpretarse estas formas de relación social entre grupos de jóvenes, en las que se utiliza la violencia como forma de contacto con el otro? Una de las líneas importantes es aquella que liga la idea de las violencias sociales a una cuestión innata: se nace violento y hay en el ejercicio de las violencias una relación con el instinto de supervivencia que liga al ser humano con otras especies animales: es el otro o soy yo (Duarte Quapper, 2005: 3). Si bien no podemos adherir a las teorías biologicistas que explican problemas sociales a través de la genética o la naturaleza misma, sí es cierto que algo de esta idea ronda en la construcción que los propios jóvenes hacen sobre las peleas y la necesidad de 'anular al otro o triunfar sobre él?': su construcción identitaria como opuesta a un 'otro?' del que intentan diferenciarse lo más

posible. Incluso si esa separación implica la destrucción o anulación del otro.

Otra de las líneas señala que la violencia es parte constitutiva del propio individuo y que para vivir en sociedad este debe sublimar y reprimir permanentemente estos instintos. Elías (1998: 430) subraya la importancia del proceso civilizatorio moderno en tanto ha dotado a los seres humanos de un fuerte autocontrol y autorregulación de sus pasiones. Esto es, no es que los seres humanos seamos ?naturalmente violentos?, sino que la civilización ha producido que en las sociedades actuales sea necesario controlar los impulsos con mucha mayor virulencia que en las sociedades primitivas o medievales. En este sentido, Elías destaca que los niños y jóvenes están más vinculados a su parte instintiva porque están menos atravesados por este proceso civilizatorio. En la medida que dicho proceso tiene como consecuencia el aislamiento casi total de los hombres para la domesticación de estas necesidades (dormir solos, estudiar solos, ir al baño y asearse solos, vivir solos, mantenerse y trabajar por su propia cuenta, etcétera) y la consecuente individuación del sujeto, esto lleva a que se los empuje a estar cada vez más aislados, al tiempo que se les pide que convivan pacíficamente en sociedad. Nuevamente, nos encontramos frente a normativas sociales que se muestran contradictorias y que en esa contradicción logran generar en el individuo joven una sensación de frustración e incertidumbre. En una línea de razonamiento similar, Le Breton (2004) le adjudica al desmembramiento de las antiguas redes comunales las dificultades actuales para el ingreso al mundo adulto:

A partir de la modernidad, haber nacido y crecido en una comunidad ya no era garantía suficiente de integración. Cada cual debía encontrar por sus propios medios el sentido de la vida y conquistar el derecho a una existencia social. Así, las conductas arriesgadas que se observan en muchos jóvenes no son tan irracionales como los adultos creen, sino que se vinculan con la búsqueda de autoafirmación y reconocimiento social [...] En nuestra sociedad, el rito de pasaje es una dolorosa respuesta a la ausencia de significado.

La violencia puede ser, así entendida, como rito de pasaje a una adultez que se les presenta cada vez más incierta y a la que intentan alejar lo más posible. Estos jóvenes utilizan la violencia como forma de relación posiblemente porque no conozcan muchos otros caminos posibles o porque fueron socializados en un ambiente familiar y barrial en el que esa era la forma legítima de solución de conflictos. También puede pensarse que, aun sin poder/querer verbalizarlo, muchos de ellos saben que están inmersos en un sistema social que posee un orden violento en su constitución, lo que conlleva a que las violencias sean estructurales y ejercidas por las propias instituciones del Estado y del mercado y que, por lo tanto, las diversas violencias situacionales en las que se encuentran muchas veces inmersos estos individuos, como productores o receptores, sean una respuesta a los apremios legales y legitimados de ese sistema social en el que viven y al que perciben como muy difícil de cambiar.

La intención del trabajo de Elías es demostrarnos cómo dentro de la organización actual de la sociedad es lógico y esperable que las manifestaciones de violencias de los niños y jóvenes sean casi permanentes y descuelquen a los padres, que no saben qué hacer con sus hijos, ni desde dónde entenderlos y/o justificarlos, justamente porque esa violencia puede ser pensada como una forma de infringir los tabúes, pudores y miedos de los adultos, por un lado, y, por otro, porque los niños y jóvenes tienen más necesidad de contacto corporal que los adultos, que ya lo han sublimado como consecuencia del mismo proceso que los civilizó.

Así, las peleas de este grupo de jóvenes pueden ser analizadas desde la perspectiva que une la transgresión con la pasión que plantea Elías: ese tipo de violencia puede tener como objetivo quebrantar los valores y normas sociales en los que quizás los jóvenes ya no creen, y también un deseo o necesidad de contacto físico más intenso, en un contexto en el que el carácter efímero de muchas relaciones interpersonales pareciera afirmar la preponderancia de los vínculos ?virtuales? por sobre los ?concretos? o materiales.

Mujeres violentas: ¿imitación o simbolismos propios?

En relación con las formas de apropiación que las mujeres jóvenes hacen de la violencia física o verbal, ciertos modos de interpretarlas (entre las que se encuentran aquellas expresadas por el sentido común hegemónico, construido, en gran parte, gracias a la labor de los medios de comunicación) nos hablan de una ?masculinización de las prácticas femeninas?. Esta afirmación tiene dos supuestos básicos, con los que no acordamos: el primero es el que relaciona naturalmente a los varones con la violencia, como si esta fuera patrimonio, para bien o para mal, de ellos; el segundo es el hecho de que cualquier mujer que utilice herramientas identificadas como violentas está tratando de ?imitar a los varones?, quitándole así a dichas prácticas femeninas cualquier posibilidad de simbolismo propio (Grignon y Passeron, 1991) o de valor distinto/distintivo al indicado por los varones en sus usos y apropiaciones. Así, cualquier mujer que se pelea ?es un macho? o actúa como tal y, consecuentemente, ?es muy poco femenina? o ?muy poco mujer?, por lo que ?no merece que ningún hombre la mire?, pues no está cumpliendo con el rol de género socialmente avalado para su condición, biológica y social, de mujer heterosexual (Scott, 1996; Silba y Spataro, 2008).

Estas interpretaciones de las diversas formas de relación social de y entre las mujeres y varones jóvenes de sectores populares terminan reforzando ciertos sentidos estigmatizantes que pesan sobre sus prácticas, al punto de que una forma de agravio posible entre ellos mismos es la reproducción de estos en forma de insultos mutuos. La pregunta analítica que cabría aquí es ¿por qué los jóvenes son señalados como aquellos que engendran todos los males y peligros, potenciales o reales, de la sociedad? Jean Monod (1970) nos brinda una línea interesante para problematizar las posibles respuestas:

El orden de las subculturas juveniles más ?alarmantes?, hacia las cuales la sociedad se gira con sorpresa como un espejo demasiado verdadero de ella misma, no es el fruto del azar sino el producto de una óptica interna según la cual la sociedad expresa sus contradicciones e intenta suprimirlas en sectores localizados, y los ve resurgir en otros lados bajo nuevas formas.

Las violencias que supuestamente han resurgido en los últimos años no son producto de la ignorancia ni de la pobreza de manera mecánica o natural, sino que están insertas en un entramado complejo en el que se debaten las formas más conservadoras de las estructuras sociales, que han comenzado a perder vigencia y por lo tanto arremeten para no perder su lugar de privilegios, y las nuevas formas sociales que aún no ha terminado de gestarse, a pesar de que perciben la necesidad de un cambio, no sólo de estructuras sino también de valores. He aquí el mayor desafío que las nuevas generaciones deben enfrentar con los recursos (escasos o abundantes, de mejor o peor calidad) que la sociedad tal y como está hoy le brinda.

Conclusiones

Como parte de las reflexiones finales de este trabajo me interesa retomar las posiciones de Elías (1998) y Durkheim (1982) respecto del análisis y las apreciaciones más o menos sistemáticas y profundas sobre las ?desviaciones sociales?. Dice Durkheim en relación con el delito: ?el delito es normal porque una sociedad exenta del mismo es del todo imposible? (1982: 92). Si trasladamos esa misma conclusión a la interpretación de las violencias sociales por parte de los jóvenes, podemos comprender mejor la forma en la que están imbricadas en el tejido social. También podemos reconocer que no son los jóvenes los únicos actores sociales que las utilizan cotidianamente: también lo hacen los adultos, las fuerzas represivas del Estado y diversos agentes de la sociedad civil (en el caso analizado es clara la participación de los custodios privados o ?patovicas? en el supuesto ?control? de los jóvenes durante las salidas nocturnas). Pero lo llamativo de las violencias también se relaciona con la forma de definirlas: la utilización de la violencia física entre miembros jóvenes de sectores populares habilita una condena social y el calificativo de ?bestias? o ?animales?. Su misma utilización por parte de la policía o el ejército en espacios públicos y a veces también privados es parte de las garantías de ?ley y orden? que el Estado ?le debe? a los

ciudadanos obedientes y buenos contribuyentes. Y esto si dejamos fuera del análisis a la infinidad de violencias simbólicas, a veces imperceptibles, a veces ocultas, que el propio sistema ejerce sobre los sujetos que aquí analicé: las relaciones inestables y precarias con el sistema educativo y con el mercado de trabajo no son consecuencia de la irracionalidad o ignorancia de los jóvenes que experimentan esa precariedad, sino de aquellos responsables políticos que tienen poder y capacidad de modificar los destinos de las clases menos privilegiadas de la sociedad. Eso no sólo es una forma de violencia, sino que genera violencia entre los propios agentes sociales, fundamentalmente en sus formas de relacionarse cotidianamente con los otros.

Estas violencias también se reproducen al interior del propio grupo: las relaciones jerárquicas de género colocan a las mujeres en el lugar de objeto, debiendo obedecer la voluntad masculina a cambio de su supuesta protección. Si bien vimos que ellas responden a muchos agravios insultando y reforzando el estigma que pesa sobre los varones, hay algo en las relaciones intragénero que no es recíproco: el abuso sobre el cuerpo femenino. Las mujeres los insultan y llegan a golpearlos porque se defienden como pueden, como les sale, de una forma agravante de violencia como es el manoseo, un punto que une violencia física y simbólica de una manera también muy compleja. Uno de los varones dijo una vez:

El otro día pasaron en la tele una que venía de bailar, pollera por acá (cortita), re calienta vergas. Hay algunas minitas que se quejan, y las minitas, arranco por arriba, tienen la carita, flequillito, carita de puta, las tetas afuera, el culo al aire, y después se quejan.

Esta posición, aunque un tanto extrema, expresa ciertas formas que los varones utilizan para justificar el manoseo del cuerpo de las mujeres sin su consentimiento: las tocan porque ellas supuestamente los buscan con su forma de vestirse provocativa. A partir de este comentario podemos afirmar que esa no debiera ser para los varones una justificación válida desde ningún punto de vista; por otro lado, muchos varones también manosean y se sobrepasan con las chicas que van en jeans, en joggings y con cualquier otra vestimenta que no se define como ?provocativa?. Como vemos, el problema no está en la ropa ni en la forma de lucirla, sino en los valores de estos varones que se creen con el derecho a sobrepasarse con las chicas, dejando una marca en sus cuerpos, como si de objetos se tratase. Esto sería una especie de ?derecho adquirido? por el sólo hecho de ser varones, que termina negándoles a ellas la posibilidad de ser consideradas sujetos de derecho con la capacidad de decidir sobre su vida y sobre su cuerpo libremente.

Retomando el comienzo de este apartado, la pregunta que podría quedar como cierre de mi reflexión no sería ¿por qué estas mujeres y varones jóvenes son violentos?, sino ¿cómo podrían hacer, en este contexto social y político, para no serlo? ¿Qué podrían hacer para construir otro tipo de relaciones sociales, entre pares y con el mundo adulto? Y ¿de qué manera construir relaciones más igualitarias y democráticas en función del género? Difícil en una sociedad que se regodea permanentemente, en sus prácticas y en sus representaciones mediáticas, en el machismo y la misoginia de manera alternativa y alarmante. Las posibilidades de cambio no estarían entonces en las manos de los propios jóvenes exclusivamente. El mundo adulto, ese que se encarga de sancionarlos e intentar normativizarlos constantemente, también debe hacer lo suyo. En palabras de Margaret Mead: ?Debemos crear nuevos modelos para que los adultos puedan enseñar a sus hijos no lo que deben aprender sino cómo deben hacerlo, y no con qué comprometerse, sino cuál es el valor del compromiso? (1970: 121).

Cambiando simplemente el eje de la mirada sobre el valor de defender ciertos valores, podemos hacer la diferencia y, como afirma Mead, no sólo intentar cambiar el presente, sino animarnos a reubicar el futuro.

Bibliografía

Adaszko, Ariel (2005). ?Perspectivas socio-antropológicas sobre la adolescencia, la juventud y el

embarazo?. En Gogna, M. (comp.). Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas. Buenos Aires: CEDES-UNICEF.

Alabarces, Pablo y Garriga Zucal, José (2007). ¿Identities Corporais: entre o relato e o aguante?. En Campos. Revista de Antropología Social. Vol. 8, N° 1. Paraná: UFP.

Blázquez, Gustavo (2002). ¿El uso del espacio: Los modos de estar en el baile de cuartetos?. Disponible en: <http://www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/14/BLAZQUEZ.htm> [1].

Chaves, Mariana (2005a). ¿¿Juventud???. En Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata. Tesis Doctoral. FCNyM, UNLP-CONICET. Inédita.

?? (2005b) ¿Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea?. En Última Década. Año 13, N° 23. Viña del Mar: CIDPA. Disponible en: <http://www.cidpa.cl> [2].

Criado, Enrique Martín (2005). ¿La construcción de los problemas juveniles?. En Nomádes. N° 23. Bogotá: Universidad Central.

Duarte Quapper, Claudio (2005). ¿Violencias en jóvenes, como expresión de las violencias sociales?. En SEPIENSA.NET, espacio para el debate en arte y ciencias sociales.

Durkheim, Emile (1982). Las reglas del método sociológico. Madrid: Morata.

Elías, Norbert (1998). ¿La civilización de los padres?. En La civilización de los padres y otros ensayos. Bogotá: Norma.

Elizalde, Silvia (2005). ¿La otra mitad. Retóricas de la ¿peligrosidad? juvenil. Un análisis desde el género?. Tesis Doctoral. Directora: Dora Barrancos. Codirectora: Silvia Delfino. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Inédita.

Feixa, Carles (1998). De jóvenes, bandas y tribus (Antropología de la juventud). Barcelona: Ariel.

Garriga, José (2007). Haciendo amigos a las piñas. Buenos Aires: Prometeo.

Grignon, Claude y Passeron, Jean Claude (1991). Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura. Nueva Visión: Buenos Aires.

Goldmann, Lucien (1968). La ilustración y la sociedad actual. Caracas: Monte Ávila.

Guber, Rosana (2004). El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Paidós.

Hall, Stuart (1996). ¿¿Quién necesita identidad?? En Hall, Stuart y de Gay, Paul Cuestiones de identidad cultural. Amorrortu: Madrid.

Le Breton. David (2004). ¿The Anthropology of Adolescent Risk-taking Behaviors?. En Body & Society. Vol. 10, N° 1.

Mead, Margaret (1997). ¿El futuro?. En Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional. Barcelona: Gedisa.

Núñez, Pedro y Corral, Damián (2005). ¿Inseguridades, incertidumbres y nociones de justicia en

sectores populares. Una aproximación a las percepciones de los jóvenes en dos barrios del Gran Buenos Aires?. En Se piensa. Espacio para el debate en arte y ciencias sociales. Disponible en: www.sepiensa.cl

[3].

Reguillo, Rossana (2000). Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles. Buenos Aires: Norma.

Scott, Joan W. (1996). ¿El género: una categoría útil para el análisis histórico?. En Lamas, Marta (comp.). El género. La construcción social de la diferencia sexual. México: UNAM. Coordinación de Humanidades. Programa Universitario de Estudios de Género.

Silba, Malvina y Spataro, Carolina (2008). ¿Cumbia Nena. Letras, relatos y baile según las bailanteras?. En Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (comps.). Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular. Buenos Aires: Paidós.

Adjunto Tamaño

[Silba.pdf](#) ^[4] 148.23 KB

Revista Argentina de Estudios de Juventud ISSN 1852-4907

Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios | Facultad de Periodismo y Comunicación Social - UNLP

Director de la publicación Florencia Saintout | Diag 113 y 63 - (CP 1900) La Plata - Bs. As. - Argentina
www.perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud | revistadejuventud@perio.unlp.edu.ar | Publicación Semestral
[AMNTI](#) - 2009

URL de origen: <http://www.perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud/?q=node/66>

Enlaces:

[1] <http://www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/14/BLAZQUEZ.htm>

[2] <http://www.cidpa.cl>

[3] <http://www.sepiensa.cl>

[4] <http://www.perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud/sites/perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud/files/Silba.pdf>